

La realidad necesita de la ficción y de un plato de pancita

Jesús Vicente García

I

LA POESÍA NO LLEGA SOLA, hay que ir tras de ella, de la misma manera que un crudo busca una pancita en el mercado Hidalgo, un sábado en la mañana, con maciza, libro, callo, tortillas calientitas, limón para matizar lo picoso del guiso y que a la primera cucharada uno sienta que la vida se regenera, que se está aquí, que el olor a alcohol de un día anterior, el sabor a cerveza pasada, a cigarros secos, combinado con la botana barata, pasará a la historia, lo revivirá cual penicilina al dolor de cuerpo; alabada sea la pancita y ese frescor que tanto daña y tanto gusta, la poesía no está tan lejos de ella; y que se repita el caldo complementario que la señora agrega sin costo extra; el beneficio es tener al cliente a gusto, que goce la vida, que regrese todo el tiempo con cruda o sin ella, y cuando tenga hijos los lleve y cuando estos crezcan igual acudirán, y los amigos de los amigos, los hijos de los hijos; es decir, la pancita contiene el futuro en sí misma, como la buena poesía, como un concierto para violines de Vivaldi, y así, esa señora sirve en sus platos dosis de vida, el antídoto para sacar de una vez la resaca completa, de una noche sudorosa de alcohol, de charla, quizás baile, tal vez amor. La pancita se convierte en poesía y la poesía en un verdadero deleite al paladar lector.

1

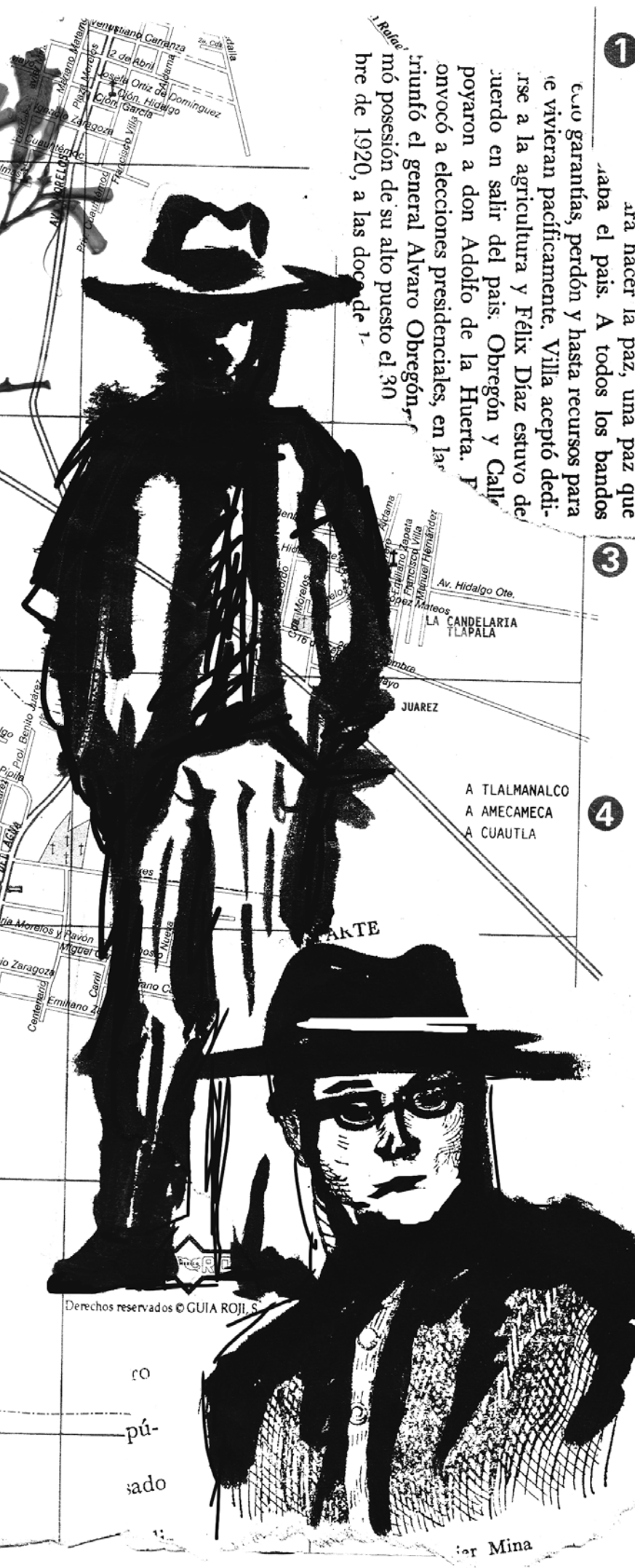
Para hacer la paz, una paz que cubra el país. A todos los bandos se les garantiza, perdón y hasta recursos para vivir pacíficamente. Villa aceptó dedicarse a la agricultura y Félix Díaz estuvo de acuerdo en salir del país. Obregón y Calles apoyaron a don Adolfo de la Huerta. Finalmente convocó a elecciones presidenciales, en las que triunfó el general Alvaro Obregón, en la primera posesión de su alto puesto el 30 de mayo de 1920, a las doce de la noche.

3

4

II

Sube a Instagram dos fotos, una con guayabera y sombrero de palma, un Tardán 2012, y otra con bermudas y playera con la imagen de un tiburón en caricatura, con sombrero mariner, pipa, barba, como un Popeye latino, y la leyenda: *Me voy de la ciudad, ¿quién va?* Recibe respuestas de toda la diversidad de género. Se lo quieren comer. Me envía un guato: "Vamos, pinche Flaco. Pide permiso y descolguémonos a Oaxaca". Si bien no tiene el tono desesperado, sí hay una música de soledad más que de hartazgo. Hago lo necesario para que Malena me crea que me voy con el guapo de la colonia Narvarte y no con mujeres de otros derroteros ciudadanos. Ella nos alcanzaría en tres días, tiene cosas personales que arreglar. Le pregunto si va a ir su novia Zafiro. No puede. Trabaja en el Ceneval y dicen que ahí los esclavizan, los amarran de las patas y los tienen a pan y agua, pegados a computadoras, papeles, reactivos, exámenes, sillas, escritorios, y los llevan a otras oficinas; demasiado kafkiano el asunto. Poético, apunta Basilio, porque, según Barthes, el escritor es aquel para quien el lenguaje crea un problema, que siente su profundidad, no su instrumentalidad o su belleza. ¿Captas? La literatura es una lucha, un morir en la raya. "Dame tiempo", le respondo. "Una larga vida", me ataca. "Asumo que tu poesía contiene esos elementos". Albureamos y bebemos tequila. No quiero ponerme borracho. Odio la cruda. Tan sólo mencionarla siento que da mala suerte.



Derechos reservados © GUIA ROJL S

ro
pú-
sado

ier Mina

III

El ADO Platino cuesta un “ojal de la carátula”, diría Tin Tan en *Calabacitas tiernas*. Le digo que si vamos a pagar eso, pues mejor en avión. No. Quiere ver la carretera. De Taxqueña nos llevan a la TAPO, en medio de un calor de perros con gusanos; a las cinco de la tarde sale nuestro camión rumbo a Oaxaca de Juárez, asientos 28 y 29, de lujo, con pantallas personales para ver pelis, videos o escuchar música. Para salir de la ciudad, el camión tarda más de una hora, a pesar de que hay menos autos en circulación, porque aplicaron el doble Hoy No Circula. Así, con un sueñito medio alcoholizado, una película de un ex futbolista divorciado, el musical de The Who en no sé dónde y el de Juanga en Bellas Artes, llegamos a Oaxaca. “¿Qué tal la carretera?, está padrísima, ¿verdad?”. Me ve y nos echamos a reír, porque con los distractores del camión, los tequilas pero, sobre todo, por la oscuridad, no vimos nada.

IV

Media noche. Nos recibe una noche calurosa y lluviosa. Caminamos hacia el centro. Pareciera que hubiese toque de queda. Calles solas. Tomamos Benito Juárez, que pasa por un parque y que confluye directo al zócalo. Una mujer en pants rosa corre sobre Juárez y da vuelta en una esquina, desaparece como fantasma. Vemos dos o tres personas y nada más. El zócalo es un desierto. Cómo supo Basilio el camino. El GPS es el lazarillo moderno. Nos instalamos en el hotel de 20 de Noviembre esquina Hidalgo. Buena onda el joven que la hace de administrador. Bebemos algo en un restaurante de los portales. Parece Coyoacán. Está más cercana a una plaza comercial que a lo que pensé de Oaxaca. Al día siguiente, vamos a Monte Albán. Desde lo alto del lugar se domina el territorio, como si uno fuera un dios. Casi tocamos el sol. Sudamos a mares. Sacamos fotos a granel. Tomo varios ángulos de un camaleón y una lagartija. Me ven con actitud majestuosa. Nos sentamos en una de las pirámides y Basilio se queda callado viendo el cielo azul, veo lo que ve; el sol calienta el agua de botella. Vemos borroso. Basilio farfulla y poco a poco eleva su voz:

—Esto sí es poético. Mira la tranquilidad actual de una lucha anterior; aquí se libraron batallas, se murió gente, se adoró a los dioses, se amó a sus mujeres morenas y hermosas, se escribió poesía, se habló de sus aves y su vegetación, de sus animales hechos para este clima duro. Esto no fue nada romántico. Se construyeron ciudades y vinieron a destruirlas. Así es el poeta: se destruye para construir, se construye para profundizar en el lenguaje, se crean problemas al escribir, porque escribir no es precisamente un gozo, es también un enfrentamiento con uno mismo y con el mundo, estimado Pame. ¿Te das cuenta?, estamos sentados en un pasado que necesitamos retomar y valorar y sufrir; igualito que el amor: se sufre, se goza, se violenta, se calma, enmudece para purificarse, permite la creación cuando llega, pero cuando se va genera destrucción. Uno nació para hacerse trizas, para unir ficción y realidad, porque la realidad solita no es buena, para elevarnos al nivel de los dioses; uno vive para buscar la poesía, para atraerla, para hacer de ella una forma de vida y de muerte; todo y nada.

En medio de las escaleras de la pirámide del fondo, escucho su silencio. Nos vemos como si nos conociéramos de siglos. Entro en su pensamiento. Veo palabras que andan en su cabeza y lee mi pensamiento. Es extraño. De hecho, creo que no lo estoy explicando bien. Nos levantamos, caminamos hacia la salida en un silencio que nos permite la charla, como un viaje mental, como Carlos Castaneda y Don Juan que al caminar en la Merced de súbito aparecen en otro lado. Abordamos el transporte que nos llevó, el conductor nos ve de forma rara. Viajamos en la carretera y en la mente, ambos cerramos los ojos, y así como lo estoy platicando, no sé cómo, ya estamos en las calles del centro de Oaxaca, esas calles bloqueadas por puestos de madera que apenas los están construyendo, sobre el piso adoquinado; supongo que son los ambulantes que han decidido instalarse ahí, sin permitir el paso a los autos, calles como Mina, Hidalgo, 20 de Noviembre; en las que sí hay circulación, el tráfico es igualito al de la Ciudad de México. Los puestos están exactamente alrededor del mercado, no permiten la visibilidad de la iglesia a la que

entramos a conocer y refrescarnos. En el mercado probamos el menudo, una pancita de res, en que todo está desmontado, como análisis estructural de un cuento: la carne por un lado, el caldo por el otro, y al servirse, desmenuzan la carne y la ponen en un plato vacío, al que le agregan caldo, y las tortillas gigantes se compran aparte, seis por diez pesos. Basilio le echa más sal al caldo, cebollas con chile habanero, salsa roja, limón, hago lo mismo. “Hasta el final le agarré sabor”, me informa con cara de picante. Pues tiene suerte, yo ni al final. Prefiero la pancita del mercado Hidalgo, de San Camilito en Garibaldi, la del mercado Algarín, la de 5 de Febrero y Antonio Solís en la Obrera, la de Mérida casi esquina Álvaro Obregón en la Roma, los viernes, tienen un sabor riquísimo. Basilio maldice los caldos.

Malena me guatsapea. Dice que no podrá venir, que la disculpemos. Decidimos beber el último día antes de regresarnos y entrar a dos o tres cantinas por sus mezcales. Basilio platica con las oaxaqueñas que venden peines para el bigote, separadores de libros, cucharas de madera; igual con extranjeras que le preguntan por alguna calle y él responde como si conociera. En los portales bebemos hasta el infinito, escuchamos dos mujeres que tocan canciones de Ángeles Azules, los comensales se levantan, mueven el bote. Sigo con mi enésima cerveza y él ya está con una mujer bailando, evidentemente oaxaqueña, que acompaña a sus amigos chilangos como nosotros, y a darle con “el orgullo déjalo afuera/ que esta noche sensual y bohemia/ es por la ansiedad de que estés junto a mí”, y al golpe de las cervezas las escucho más sabrosas, y otra lluvia me acaricia mi espalda y mi sombrero que no me quito, parecido al de Basilio, y no sé cómo, pero ya estamos en el balcón del hotel con mezcal que no sé de dónde sacó el respingado poeta, y de a botella. Al otro día, el mundo me acribilla con ese mal de la humanidad denominado cruda, a la que le temo más que a un disco grupero.

V

De Oaxaca llegamos a la Ciudad de México hinchados de mezcal en las venas. Basilio habla de su posición dentro de la poesía: ya basta de cosas estéticas y bonitas, de amores; sí, que venga la armonía y el ritmo, no la métrica ni palabras con miel. Aquí la cosa es el lenguaje. Noto que no sabe de qué escribir (y que le gusta Zafiro, lo ha dicho todo el tiempo), por eso quiso ir a Oaxaca y, sí, claro, para conocer, pero más creíble es que fue para sentir otras cosas, vivencias nunca experimentadas. Vamos a la casa. Vera, su mamá, está ahí con Malena. De un tiempo para acá se han hecho amigas. Dicen que olemos a leones quijotescos. Nos bañamos. Comemos con tortillas para tlayudas blandas que no sé en qué momento compró Basilio. Bebemos mezcal y cerveza. Basilio explica esa sensación que tuvimos en la pirámide. No nos creen.

VI

Amanecemos tan golpeados como sólo la cruda lo sabe hacer. Lo último que recuerdo es que Basilio hablaba con Zafiro por teléfono, que pusieron unas salsas de Eddie Santiago, Niche y unas norteñas, bailamos como en antro de Insurgentes. Vamos todos al mercado Hidalgo, en la Doctores, por algo caldoso; esas cucharadas nos hacen escurrir en sudor. Notamos la diferencia con la panza de res oaxaqueña que nos disgustó y que durante la noche la hicimos trizas e hicimos chistes de ella.

Entre los gritos de las mujeres que invitan a los marchantes a ingresar a su puesto, de un organillero que ejecuta “En mi viejo San Juan”, de risas y pláticas de otros comensales, en esta calurosa mañana de primavera, entendemos que la poesía puede estar en todos lados, y que si hay algo alejado de ella es la cruda, que la habrá inventado la Inquisición o un grupo terrorista para hacer trizas el espíritu, pero que no sospechaban que la pancita o la birria (es lo que pidieron Malena y Vera) son quizá las herencias que contienen el futuro en sí mismas, como la buena poesía. 